Margot

*"… me gustó en cuanto la vi. De edad madura y porte refinado, calculé que tendría unos cincuenta años. Alta, delgada, de cabellos rojizos y mirada inteligente. Vestía correctamente y se expresaba con soltura cuando se dirigió a mí ofreciéndome sus servicios. Traía buenas referencias… "*

De nuevo noche cerrada. Como cada día, Margot regresaba de casa de doña Constantina.

Lejos del pueblo, en lo más profundo del valle, oculta por la vegetación, se divisaba una pequeña vivienda. Construida en piedra, en dos alturas y desván, levantada sobre una cuadra formando un cobertizo. Y en lo más alto del tejado su buena chimenea, troncónica, rematada en la parte superior por su correspondiente *espantabrujas*, una piedra alargada de tamaño mediano imitando la forma de un cono. Aquel pequeño detalle, y siguiendo la tradición popular, protegería el hogar frente a la vulnerabilidad de la casa, impidiendo así la entrada de ciertos maleficios o brujas a través de la chimenea.

Modesta y falta de lujos, contaba en su primera planta con una estancia o zona de estar, su hogar y su gran campana, su cocina de carbón, una destartalada alacena para menaje y un barreño de latón que hacía las veces de fregadero. A pesar de lo humilde que era se veía siempre limpia y reluciente. En uno de los rincones había una despensa, oscura y con apenas alimentos, ventilada por un pequeño ventanuco enrejado. En el centro, una mesa para todo tipo de usos y una sencilla cadiera. Al fondo, una puerta que conducía a un pequeño aseo.

Alrededor del hogar, a ambos lados, se alzaban dos bancadas de piedra cubiertas por cojines y algunas mantas listas para albergar y acoger a quien quisiera protegerse del frío junto al fuego, imprescindible para los días de invierno. El calor que emanaba de los animales en la cuadra situada justo debajo, no era suficiente para caldear el ambiente. Un desvencijado sillón de tapicería algo raída por el uso y diversas sillas de anea completaban el mobiliario.

Del techo colgaba un sencillo candil pues hasta allí no llegaba el tendido eléctrico. Se servían de lámparas de aceite y velas para alumbrarse.

Una angosta escalera conducía hasta la planta superior, con dos estancias de reducidas dimensiones: el dormitorio del matrimonio y el de los chicos. Margot dormía arriba del todo, en el desván, al que se accedía por una escalera de mano, en un camastro hecho de maderas y paja. A su izquierda, separada tan solo por unos sacos de grano, se almacenaban cestas de frutas, hortalizas de la huerta y patatas esparcidas por el suelo en montones.

Flora y Pedro residían en la granja desde su casamiento quince años atrás, aunque él había vivido allí desde su infancia.

Margot era la cuarta de los cinco hijos del matrimonio. Bueno, lo era en edad pues su verdadero origen era un secreto de familia. Un día siendo bebé la trajeron a casa. La hermana menor de Flora había sido madre con tan solo quince años y no podía hacerse cargo de ella. Margot no lo supo hasta bastantes años después.

Cada mañana la niña veía con envidia partir a sus hermanos hacia la escuela. Previamente la pequeña, con tan solo diez años de edad, madrugaba más que nadie y a las seis de la mañana se levantaba para preparar el almuerzo que los chicos se llevarían.

Custodiados por el mayor de trece años, los tres muchachos recorrían cada día tres kilómetros monte arriba hasta la escuela, situada en un pueblo cercano. Caminaban por una empinada senda recortada sobre el terreno que en días de lluvia era un auténtico barrizal. Regresaban al atardecer.

Los tres chicos se llevaban un año. Pedrito era el mayor, después nació Miguel y un año más tarde llegó Germán. Doce años después vino al mundo la pequeña Teresita.

Lo flacucha y desnutrida que estaba Margot no mermaba en absoluto su energía y buena disposición. En el seno de una familia humilde y con recursos limitados se sentía querida a pesar del trato que a veces recibía. Sus padres daban por hecho su entrega y dedicación a todo lo que le mandaban hacer, cosa que ella aceptaba sin rechistar.

Con sus hermanos era diferente, sobre todo con Pedrito que por ser el mayor se dirigía a ella como si de su sirvienta se tratase, lo cual la sacaba de quicio. Los padres intentaban poner paz entre ellos ensalzando frente a él y sus hermanos las virtudes y el buen hacer de la niña.

Y es que lo suyo era ayudar en casa o en el campo, a su madre en el aseo diario de la vivienda, con el cuidado de la pequeña Teresita e incluso en la limpieza de las cuadras. Era la encargada de dar de comer a los animales y ordeñar la cabra, sin contar los días de matanza en los que no paraban ni para comer. Y en su tiempo libre, si es que le quedaba algo, se acercaba a los campos de cultivo para dar soporte a su padre. Todo esto y mucho más eran su pan de cada día. Por eso desde que trabajaba en casa de doña Constantina, Margot era feliz.

No mucho antes de su nueva ocupación en casa de doña Constantina, Margot le propuso a su padre asistir a la escuela como sus hermanos. El rotundo no que le dio por respuesta la dejó sumida en la más profunda tristeza; aún así trató de convencerlo, insistiendo pero no dio resultado. Recurrió a su hermano mayor para que le enseñase al menos a leer y escribir. De él consiguió tan solo una sonora carcajada y un ruin chantaje.

—Te enseñaré si tú también me das algo a cambio —le respondió Pedrito.

La sometió a toda clase de vejaciones, algunas inocentes y otras no tanto. Todas ellas sin sentido, únicamente con el fin de demostrar quién mandaba sobre ella. Casi cada día en el silencio de la noche, Margot entraba sigilosa en el dormitorio de sus hermanos, se acercaba hasta el lecho de Pedrito y, más tarde, a la luz de una vela, aprendió a juntar las primeras letras. Pedrito la enseñaba cómo hacer.

Los ingresos de la familia eran muy limitados. De sus campos y su pequeña granja obtenían lo más elemental para alimentarse, pero no siempre disponían de recursos suficientes para cubrir otras necesidades. Pedro sacaba al año apenas unas monedas por empleos temporales en el campo o como mozo de caza asistiendo a los cazadores cuando se levantaba la veda. Aquel año había sido peor que los anteriores y los recursos económicos para el mantenimiento de la familia estaban a punto de agotarse. Se había dado mal la cosecha, los conejos habían enfermado y muerto la mitad de ellos, habían perdido varias gallinas a manos del zorro, a pesar de los esfuerzos por ahuyentarlo. Los ataques de la raposa habían terminado con cinco de ellas, las más ponedoras. La caza furtiva de jabalí y perdiz tampoco había contribuido demasiado a reponer su despensa. La familia necesitaba obtener algún dinero para proveerse de cosas difíciles de conseguir por trueque, que era como se manejaban normalmente.

—La pequeña Margot es ya una mujer, podría ir a servir a casa de la familia Moraleda. Ya tiene doce años y así habrá una boca menos en casa y un dinero a cambio de su trabajo —así fue cómo decidió Pedro que Margot dejaría la granja la mayor parte del día.

Cuando lo supe no fui capaz de articular palabra. Yo trabajando para otros y fuera de casa. Me entró miedo, mejor dicho pavor. ¿De quiénes hablaba mi padre? ¿Qué tendré que hacer? ¿Qué significaba eso de *servir*? Por un momento pensé en mi hermano y lo que me obligaba a hacer a cambio de su ayuda.

Desde que tuve conocimiento de mi inmediato destino no podía conciliar el sueño ni contener las lágrimas, sentía una gran desazón. No obstante, no me atreví a protestar; solo lloraba en silencio sobre todo por las noches al acostarme. El resto del día no tenía ni tiempo para mis pensamientos, mi trabajo en casa seguía al ritmo habitual.

—Mañana domingo has de prepararte para venir conmigo al pueblo, iremos a misa y después nos acercaremos a casa de los Moraleda para que te conozcan —fueron las palabras de mi padre la noche anterior.

Ese domingo Margot se levantó febril, no había pegado ojo en toda la noche.

—¡Vaya cara que te traes! —exclamó su padre al verla—, date prisa que tenemos que irnos.

Mamá intentó consolarme pero yo no sentía nada, ni lágrimas siquiera me quedaban ya.

—Has de ser fuerte, hija mía, te necesitamos, necesitamos ayuda y solo tú puedes dárnosla —se acercó cariñosa y me abrazó. Me preparó con esmero, lavó mi rostro, mis manos y mis cabellos que peinó cuidadosamente en dos trenzas. Me vistió con mi único vestido decente, el que me ponía en ocasiones especiales. Observé que me quedaba algo corto, no me importó. Yo había crecido desde la última vez que me lo había puesto, ya ni recordaba cuándo. Mi estatura era mayor que la de otras chicas de mi edad.

Ese día ella me sirvió el desayuno, un tazón de leche y un mendrugo de pan. Recuerdo que solo bebí la leche. Terminé poniéndome los calcetines altos y mis deterioradas botas que yo misma había limpiado el día anterior, tratando de darles el lustre que por el uso habían perdido.

Mamá me puso una capa sobre los hombros y una bufanda, para combatir el frío. Salimos de casa y enfilamos la pista de tierra que nos llevaría hasta el pueblo, nos tomaría casi una hora llegar hasta allí. Me volví, mamá y los chicos hacían señas con la mano despidiéndose. Ella cubría sus ojos con el mandil. Vi que lloraba.

Mientras caminaba al lado de mi padre lo observé con furia contenida. “Más te valdría frecuentar menos la taberna”, pensé para mí. “¡Yo no tendría que trabajar para otros!”.

Muchas noches lo oía llegar a casa tambaleándose, en más de una ocasión tropezar al subir la escalera y caer estrepitosamente hasta la cocina. Mamá solo era capaz de llorar, era una sufrida y abnegada mujer sometida a aquel hombre de quien se enamoró, cargada de hijos y sin capacidad para imponerse ante él. A la mañana siguiente le veías levantarse y vaguear sin más durante el resto del día. Nosotros, sus hijos, vivíamos acoquinados y siempre temerosos.

Salimos de la iglesia después de asistir a la santa misa, teníamos que parecer otra cosa, diferentes de lo que en realidad éramos. Nunca íbamos a la iglesia ni pronunciábamos en casa una sola oración. El pueblo tendría que hablar de nosotros y además hacerlo bien. Lamentablemente sabían más de lo debido y estaban al tanto de nuestra reputación por las andanzas de mi padre. Los Moraleda eran gente de alto copete y muy bien relacionados, teníamos que causar buena impresión.

Desde el principio me gustaron aquellos señores, sobre todo ella, doña Constantina, parecía exigente pero amable. El señor Moraleda, veterinario de la zona, era más *estirado*. Mi padre y él se conocían de las cacerías. De entrada nos trató con cierto desprecio.

—Cosas de mi esposa —dijo dirigiéndose a mi padre. Y abandonó la estancia.

Doña Constantina, Constan para todos, observó a Margot con detenimiento. Qué diferente era del resto de su familia. Todos ellos rudos, toscos en sus maneras y algo desaliñados. El padre a pesar de querer mostrarse cuidadoso era torpe hasta con la palabra. Sin embargo ella era una niña, ya casi una mujer, esbelta, de piel clara y sonrosada, de cabello rojizo y verdes ojos. Tan solo una prominente nariz alteraba la armonía de aquella carita. Quizás mas adelante, con los años, aquello que la afeaba tanto podría dotarla de una peculiar nota de personalidad. No obstante, su mirada era limpia, todavía con un ligero halo de inocencia. “Creo que podré manejarla bien”, pensó para sí doña Constantina.

Doña Constantina nos miró animada dirigiéndose a mi padre.

—Puede venir a partir de mañana mismo, si es posible.

Así fue como empecé a trabajar de chica para todo.

Desde la ventana de casa de los Moraleda, Margot miraba hacia fuera y sufría pensando en el recorrido que tenía que hacer para llegar hasta su casa después de terminar el trabajo. Por norma, entraría a las nueve de la mañana y saldría a las ocho de la tarde. Aquel, su primer día, había llegado a media mañana; la señora la había citado a las doce. Miró de nuevo a través de los cristales y comprobó que el tiempo estaba cambiando. Hacía frío, el cielo se estaba oscureciendo, soplaba el viento y amenazaba lluvia, a juzgar por las negras nubes que aparecían por entre las cimas de los montes cercanos.

Por ser su primer día, Constan le había dedicado un buen rato nada más llegar, explicándole esto y aquello. Después, la siguió a todas partes, todo el día vigilante comprobando su modo de hacer.

Si en casa no paraba de trabajar, en la de los Moraleda no sería distinto. Aquella era una casona de espacios infinitos. Tres plantas completas con diversas estancias, todas ellas de amplias dimensiones, un jardín y zona de estar con porche adosado a la puerta de salida al exterior desde el salón. A lo lejos, en un extremo, se perfilaba un cenador y la piscina con sus vestuarios y aseos correspondientes. Dos perros de dudosa raza y un gato que tan solo verme salió disparado a los brazos de su ama.

—¿No tienes otra ropa que ponerte para trabajar? —me preguntó doña Constantina al ver que me había presentado con el mismo vestido del día anterior.

—No tengo otra cosa —le contesté.

Ella me miró frunciendo el ceño y se marchó. Hizo una llamada de teléfono y regresó a mi lado para seguir controlando mi trabajo.

Lo mejor de todo fue la comida que yo misma ayudé a preparar a la cocinera: una crema y una carne de venado. A saber cuánto tiempo hacía que no probaba nada parecido. Mi padre apenas si nos daba algún pedazo cuando mamá cocinaba caza.

Después de comer, doña Constantina se retiró a descansar. Yo permanecí en la cocina recogiendo y limpiando la vajilla. Don Facundo, el señor veterinario, no estaba en casa así que me sentí mejor por ello, su presencia me intimidaba.

Oí roncar en el salón de estar, me asomé sigilosa, de puntillas, era doña Constantina que dormía sentada en un confortable sillón orejero. La observé, no tendría más de cuarenta años, pero aparentaba bastantes más. Era bajita y gruesa, de cara redonda. Por su peso excesivo le costaba caminar a buen paso, pero no por eso me dejaría en paz.

Cuando terminé de hacer mi trabajo en la cocina no supe qué mas hacer. Así que me senté en la sala cerca de ella a esperar, apoyándome en el quicio de una silla sin atreverme a sentarme del todo y me quedé contemplando la estampa que la señora ofrecía. Parecía un saco de patatas tendido sobre el sillón, aunque eso sí, bien vestida, con buena ropa, medias finas y zapatos. Peinaba pulcramente su cabello en un moño bajo, manteniendo así retirados del rostro sus mechones. Pobladas cejas, ojos pequeños y labios finos que movía entre sueños.

Los Moraleda tenían una doncella que los ayudaba en sus cosas más personales. Vivía con ellos en la misma casa, ella entraba y salía a su antojo cuando le venía en gana. No me gustó nada cómo me miró cuando entré y doña Constantina nos presentó.

Eran las siete de la tarde, empezaba a caer la noche y llovía ligeramente. Doña Constantina me miró con cierta pena:

—Chica, me temo que te vas a mojar y bastante. Vete ya si quieres, antes de que empeore el tiempo.

—Gracias, señora —le respondí. Tomé mi abrigo y bufanda y emprendí el regreso a casa.

A pesar de conocer el camino, me encontraba algo desorientada, ya casi había anochecido y no había previsto una lámpara para la vuelta. Las rachas de viento eran fuertes y la lluvia iba en aumento. El camino estaba embarrado y ríos de agua y tierra corrían entre mis pies, pendiente abajo. Llegó la noche, no sabía cómo protegerme, la oscuridad me iba envolviendo.

La niña caminaba despacio tanteando cómo poner el pie a cada paso. Inevitablemente se resbaló no pudiendo mantener el equilibrio, y cayó al suelo llorando desconsolada. No se veía nada. Se incorporó para seguir adelante tratando como pudo de adivinar por dónde discurría el camino. Palpó su ropa, notó que, además de mojada, estaba manchada de barro. Notaba sus pies empapados chapotear dentro de sus botas. La bufanda que había puesto sobre su cabeza para proteger su cabello estaba húmeda y sus trenzas chorreaban agua. Siguió como pudo hasta llegar a un pequeño cobertizo de roca que conocía junto al camino, en el que se refugió. Se acurrucó e intentó entrar en calor con su propio cuerpo.

Se preguntaba si en casa la echarían de menos, pensó que no, en realidad había salido del trabajo antes de la hora y no la esperarían hasta pasadas las nueve de la noche. Entre sollozos y temerosa se quedó medio dormida a esperar que amainase el tiempo.

Una tenue luz la despertó sobresaltándola. Era su hermano Pedrito que llevaba un farolillo, había salido en su búsqueda.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó mientras la zarandeaba con furia—. ¿Por qué te has metido aquí en lugar de seguir hasta casa? Por tu culpa he tenido que venir a buscarte —exclamó malhumorado.

Margot no respondió. De un tirón la levantó y la empujó hasta el camino. La intensidad de la lluvia había mermado bastante aunque las condiciones de la pista eran las mismas. Caminamos en silencio, yo sin poder contener el llanto, escuchando tan solo el rumor de nuestras pisadas sobre el terreno. Media hora después llegaban a casa. Eran las dos de la madrugada.

Me esperaba mamá, me ayudó a quitarme la ropa que puso a secar junto al hogar, tendría que estar lista para el día siguiente. Secó mis cabellos y me preparó una taza de leche caliente.

En mi cama seguí con aquel llanto silencioso que no podía contener. No sé quién me quiere, pensé, creo que nadie. Me sentía desgraciada y sola. Con la obligación de volver al día siguiente a emprender la ruta de una hora hasta casa de los Moraleda. Aunque realmente no había estado tan mal allí. Había comido caliente y alimentos que rara vez probaba en su casa. La señora era amable, a su manera, al menos no me trataba con violencia ni me daba gritos como mis hermanos y mi padre.

Ese pensamiento apaciguó mi estado de ánimo e intenté conciliar el sueño pues ya iba entrando poco a poco en calor. En el silencio de la noche se oía el suave crujir de las vigas del techo y el sonido de la lluvia salpicando el tejado del desván. Me arrebujé entre las mantas y cerré los ojos, respiré hondo. Noté un agradable aroma a fruta, serán manzanas, pensé. Me incorporé y me asomé por encima de las sacas que separaban mi *dormitorio* del espacio destinado